

Del exilio

Por Alberto Aguirre

Alberto Aguirre escribió estos aforismos estando exiliado en España. Esta selección, cuya versión completa la puede encontrar en la Revista Universidad de Antioquia¹, devela cómo el exilio lo fue transformando poco a poco. De hecho, cada frase descubre la mutación que la soledad hizo en Aguirre con cada día que pasaba. Estos aforismos hacen comprender un capítulo de quién era Alberto Aguirre y a causa de qué.

Al exiliado se le pudre la voluntad (21.9.87)

Es esencial que el exilio no se convierta en un corte (de franela) en la vida.

Se vuelve a decir (como en todas partes): no soy de aquí ni me parezco a nadie.

No hay piso firme para el exiliado, pues la reja, que en el preso es exterior, dejándole el espacio de su intimidad, en el exiliado es interior, robándole así todo el espacio.

El exiliado se fija en el pasado: es su mayor desgracia: su propio suelo (por distante) se convierte en pasado: es presa de la nostalgia: o sea, se paraliza, pues todo aquel que se fija en el pasado sufre el síndrome de la mujer de Lot.

El exiliado pierde la libertad.

Además, porque el exiliado es extranjero en cualquier suelo (incluido el propio).

La soledad se convierte en el vértice del exiliado.

Es difícil recomponer la identidad.

Es terrible cuando la alegría aparece como intrusa.

Se le agudiza la memoria al exiliado.

Es preciso olvidar: pero olvidarlo todo: no puede ser selectivo: si algo se recuerda, todo el pasado se viene encima: el pasado es ceniza: hay que liquidarlo: que no obre como lastre.

(Vivir alerta: prender la curiosidad: apetecer ese mundo).

Amputado del propio, el exiliado no tiene suelo: carece de piso y fundamento.

¿Por qué en el exiliado esta vaga sensación de culpa?, ¿es que se quiere hacer perdonar la fuga?, ¿y fue realmente una fuga? El exiliado, por esencia, es culpable, o se siente culpable.

De pronto empieza a aflorar una dureza íntima.

Para el exiliado todo es provisional, inclusive la vida.

La única fortaleza es la soledad. Y los demás, en su afán de acompañarme, minan la fortaleza.

(El arte como tabla de salvación).

La sensación de estar perdido: inclusive, de sí mismo.

¹ Alberto Aguirre, *Del exilio*. Revista Universidad de Antioquia. Medellín, enero – marzo de 1992. Vol. 61, No. 227, pp 27 – 42.

Aquí, la ventaja del exilio: es propicio a la soledad.

Tiene que reconstituir el exiliado la trama de la vida cotidiana: es su tarea más amarga.

La sociedad lo vuelve a uno blando: sólo en la soledad se fortifica el espíritu.

Se va perdiendo el futuro.

Es horrible la añoranza de la *arepa*.

Se ve uno obligado a vivir a pulso.

Tanta levitación del yo –en la soledad- que se produce a veces una como ausencia del yo: el yo esfumado: paradójicamente, es por exceso de identidad.

“Sabré que mi patria es el mundo”. *Séneca*.

Hay que reinventar la vida: queda un trozo, y éste se regenera.

La soledad no es estar solo, sino no necesitar a nadie.

El tiempo es el gran *consolador*.

El exiliado miente de oficio.

“Pues para andar conmigo
me bastan mis pensamientos”.
Lope de Vega.

“Las penas y las alegrías de mis parientes me hacen aburrir en lo más hondo de mi alma”. *Franz Kafka*.

El burgués está solo; pero otra cosa es la soledad.

Es insoportable la sociedad de los mediocres; y no hay otra.

En ocasiones, la voluntad tiene que arrastrar al espíritu.

Nada como el exilio para en-si-mismarse: no hay otra situación tan propicia, porque se queda uno sin “vientos”, a su puro aire: los “vientos” ha de encontrarlos dentro de sí mismo.

Cuando se vive ensimismado, lo otro se esfuma, y el mundo se percibe como eco: hay un tono de irrealidad.

El pasado está muerto: no hay que lamentarlo, ni encomiarlo, ni mucho menos añorarlo.

La soledad implica una tarea constante de despojo; y hay un temor secreto : que no quede nada.

El drama del exiliado es que teme haber sido arrojado, no ya de su país, sino del género humano.

Por alguna razón inusitada, la vida se extingue.

A veces provoca irse.

La vida: único equipaje.

Se es alguien cuando se pertenece a algo.

Me olvidarán.

Es preciso inventar de nuevo la vida: inclusive, hay que crear sueños y recuerdos y añoranzas, pues se trata de liquidar el pasado, para no vivir de nostalgias.

El placer no es la soledad, es el anonimato. Y a la mierda la gloria.

Pero la soledad garantiza el anonimato.

Cómo duele.

Si uno logra ponerse a la altura de su propia mentira, se purifica.

Como si uno fuera responsable de todo, y no solo de sí mismo (que ya es bastante).

Se reduce el plazo: se apagan las ilusiones y los sueños.

Hay gente que pone, en la yuca, el patriotismo.

El problema básico del exilio es la culpa: siempre el exiliado está en fuga.

Es un problema de identidad (el del exiliado).

¿Vivir por sólo sostener la vida?

Todo viaje me aleja de mí mismo. Y todo espectáculo. Y toda compañía.

El patriotismo es el riesgo del exilio.

No es la distancia el dolor: es la fuerza que impone la distancia.

El exiliado ve el mundo con rejas: y el único lugar "libre" es aquel donde no puede estar.

Esto se acabó: lo que sigue es vicio.

El exiliado no puede hacer planes, porque sólo tiene uno: volver... y es irrealizable. Se vive en provisionalidad.

Cura de humildad.

El juego caprichoso de la memoria en el exiliado: se niega a fijar nombres territoriales (calles, plazas, cafés), como para no echar raíces en el nuevo entorno.

El exiliado vive como un condenado a muerte al que se le ha concedido un perdón provisional: necesita *justificar* esa gracia.

No es que me estorbe la gente: es que no me hace falta.

La vida se vuelve un acto sonambulesco.

De pronto, desaparecer. En esta sentido: no ser nada para nadie... y que nadie me espere.

Hay dos peligros: deshacerse o integrarse. Y no hay término medio.

Lo transcurrido —en el exilio— es tiempo diluido. Es como si se hubiera perdido el tiempo: no ya dilapidado, sino esfumado. Y como el hombre es en el tiempo.

Este largo ensimismarse puede conducir a la lucidez o a la locura: y quizá las dos condiciones giren dentro de las mismas coordenadas.

Se encuentra el exiliado bajo constante asedio: siempre cuestionado (por sí mismo), y con la guardia en alto: prevenido.

Vive el exiliado sometido a un perpetuo escrutinio: como el acusado ante el reflector.

El enemigo del exiliado es el tiempo: por eso hay que diluirlo.

Todo esto tiene la condición del sueño.

Para el exiliado, en un comienzo las palabras son refugio; luego se convierten en rejas y, a ratos, en alucinación.

Son horribles las personas estabilizadas, pero... ¡qué envidia!

Se va llegando a tal extremo, que se siente la *otredad* de sí mismo.

La vida se acabó hace días: sólo la inercia.

A veces es duro el precio de la soledad.

Cada vez más extraño, no sólo a los otros, sino a uno mismo.

A los demás se les oye como eco.

Hay un instante en que la soledad ya no es un estado sino un tesoro.

Lo bueno de la soledad es que uno se puede quitar la máscara.

Y nadie sabe que llevo una máscara: fui condenado al optimismo y a la acción y, aun, al coraje: y yo mismo fui arrastrado por la máscara: ahora es tarde.

En el exilio se tenía al menos el proyecto del regreso; ahora, al columbrar el regreso, advierte uno que se queda sin proyecto.

Este despegue de la vida va simulando un desafecto.

Me voy como despegando. Pero aún queda (hacia afuera) la epidermis de los sentimientos. Y la gente cree la máscara.

Todo discurso es peligroso. O falaz. ¿Será posible, al fin, el silencio?

Resulta fácil asumir el papel de místico o de iluminado: como resulta fácil asumir cualquier papel: lo difícil es no asumir ninguno: vivir sin máscara. Porque el precio sería, más que la soledad, el aislamiento.

Al exiliado le dan el mundo por cárcel.

No hay otro espacio que la soledad: lo demás es caos.